

aquellos cabellos negros pegados y sucios por el barro del arroyo, donde se habían empapado veinte veces, cuando el público comprendió de repente que aquel montón de andrajos vivía, sufría sobre todo, y que no tenía delante una borracha inno-ble, sino alguna condenada, olvidada por el Dante, llevando en sí su infierno, entonces se conmovió lleno de piedad y entusiasmo, y recompensó á la valerosa actriz por aclamaciones prolongadas.

SESENTA AÑOS DE TEATRO

SESENTA AÑOS DE TEATRO

En el prólogo que ha escrito para los *Recuerdos*, de Bouffé, M. Legouvé, cuenta lo siguiente:

“Preguntaban á Brunet, retirado en provincias á los ochenta y cuatro años: ¿En qué se ocupa Ud. en su destierro?

—Repaso mis papeles.

¡Sus papeles! ¡Los papeles de Jocrisse ante la puerta de la eternidad! En presencia de Dios. Esa frase me da miedo.”

No quisiera molestar al elocuente y espiritual académico; en éso ha encontrado sólo un efecto de predicador, un movimiento á lo Bridaine, más sorprendente que profundo, y que no soporta el análisis. Cuando el viejo Brunet, aquel endiablado actor, cuyo deseo hubiera sido

“morir en una candileja,” repasaba sus papeles, era su vida de teatro la que buscaba entre las líneas, buscaba un eco de sus chanzas, de sus tiempos y de su juventud; y la bufonada más melancólica, el despropósito más picaresco, el esbozo de un gesto, de un guiño, tenían para él un sentido misterioso, evocador, hacía pasar ante su cara el soplo de una noche de estreno, el esplendor de una sala reboando gente. Es el repaso de los recuerdos, que cada uno lo hace á su manera.

Para un actor no la hay mejor que abrir y hojear, aun en presencia de Dios, ese antiguo repertorio tan bien confundido en la existencia del artista, que no puede tocar uno de sus papeles sin remover una fecha, un íntimo recuerdo, alguna nota vibrante del rincón más íntimo de su corazón. No hay que reirse del nombre de Ababa-Patapouf, pues le recuerda á Bouffé sus principios en *La pequeña lámpara maravillosa*, en 1822, su

primer gran éxito. Brunet y Vernet subiéndolo á abrazarle á su cuarto, mientras que el padre Chédel, hinchando su chorrera de hombre guapo, le hace saber pomposamente que su sueldo será doble desde aquel día, y asciende de mil quinientos á tres mil francos.

¡Oh! ¡milagro del amor!

¡Tres mil francos! ¡Justamente la cifra exigida por los padres de Carlota!

Hubiera querido poder ir en aquel mismo instante á casa de la familia Gilbert para hacerles saber tan feliz noticia, pero eran las doce, hora poco conveniente para una visita. Tenía, pues, que esperar á la mañana siguiente; ¡cuánto tiempo! Me apresuré á desnudarme y á quitarme los postizos, pero había olvidado completamente que tenía la cabeza afeitada, privándome así de mi cabello. Y al verme enteramente calvo, me dije: “¡Dios mío, qué feo estoy...! ¡no puedo presentarme ante mi futura de esta ma-

nera...!" Busqué entre mis pelucas, pero no había más que la que me ponía para representar el papel de Lubin, en la *Buena Madre*, que se pareciera á un peinado de calle; únicamente su pelo era más largo y más rubio que el mío. Estaba sencillamente ridículo... Esto no impidió que nuestro matrimonio se realizara algunas semanas después, el mismo día en que mi hermana menor se casó con el jefe de los talleres de mi padre."

Y Rigolard, el tío Rigolard, una de las creaciones más cómicas; ¡si Uds. supieran qué imágenes tan lúgubres evoca en el pasado del viejo actor!

La víspera del estreno, su hija mayor, una monada de nueve años, cae enferma con fiebre y una tos ronca que la sacude durante la noche. Era el *crup*; pero el médico del teatro, al que se ha avisado por la mañana, no se atreve á decir nada por miedo de entorpecer la representación, y ved ahí al pobre Rigolard, com-

pletamente tranquilo, que entra en escena, con su bolsillo de maestro de baile en la mano, con sonrisas, con guiños, con guirnaldas.

"En cuanto salí á escena y antes de pronunciar palabra, estallaron varias salvas de aplausos. Dejazet y Lafont se hallaban en escena; mientras seguía el ruido, que no me permitía empezar, cogí la mano de cada uno de mis excelentes camaradas, y sosteniéndome apenas, les dije: ¡Mi hija ha muerto!..."

No se equivocaba. Su hija acababa de morir, y el público, advertido de la noticia antes que el padre, daba instintivamente á su dolor aquella prueba de simpatía.

Ya se ve que Bouffé, al escribir este sencillo y conmovedor episodio de su vida, no hace otra cosa él también que repasar sus papeles. Y no son solamente recuerdos personales los que encuentra; alguna que otra vez descubre una fecha

histórica, un acontecimiento parisién, el escándalo de la calle ó de las Cámaras, como la expulsión de Manuel y el famoso "cogedme á ese hombre" que dió de rechazo en la apacible existencia de nuestro artista.

Justamente, la noche de esta algarada parlamentaria, de la que se ocupaba con pasión París, representaba en *Tringolini* un personaje de antiguo alcalde autoritario é imbécil, que tenía que decir varias veces: "Apodérense Uds. de ese hombre." Ya se imaginarán que no pudo resistir al deseo de forzar un poco su réplica y repetir textualmente las memorables palabras del gendarme Foucault, el héroe del día.

"Apenas pronuncié estas palabras, fueron acogidas con una salva de aplausos, gritos, bravos y "que las repita" salían de todos los lados de la sala. ¡Oh! entonces comprendí que acababa de cometer una imprudencia grave, gravísima. Hu-

biera querido poder retirarlas, pero los gritos de ¡bis! ¡bis! crecían por momentos y no pude seguir representando más que repitiendo la desgraciada frase... Al pasar entre bastidores, encontré á Mr. Gronfier, comisario de Policía, que, defendido por dos gendarmes, me apostrofó rudamente y á pesar de todas las razones que le dí, redactó un proceso verbal. No hay que decir si el público me llamó á escena al final de *Tringolini*. La llegada del comisario se sabía en todo el teatro; sabían que me debían prender al final y se hablaba de oponerse á mi arresto. Algunas voces tuvieron la torpeza de gritar: "No le cogerán á Ud...", sirviendo todas estas demostraciones para aumentar la cólera de M. Gronfier, que en cuanto cayó el telón me dijo severamente:

—"Vaya Ud. á desnudarse, caballero; le espero con un coche."

Siempre escoltado por el gendarme, me fuí á mi cuarto, y quince minutos des-

pués subí al coche del Gobierno. Una inmensa muchedumbre se apretaba en la calle Baja del Temple, que se encuentra detrás del teatro. Esta muchedumbre, demasiado celosa, gritaba cuanto podía: ¡Abajo los gendarmes! ¡Abajo el comisario!...

¡El cobero arreó á los caballos!...

Y el pobre Bouffé pasó la noche en el depósito, en montón con el humano rebaño que se revolcaba; cuando llegó el día, cogido por dos guardias le condujeron al pasillo de jueces de instrucción, le preguntaron vigorosamente, le dieron un buen jabón y por fin le despidieron con recomendación expresa de quedar á disposición de la justicia.

Así trataban á los cómicos bajo el paternal régimen de la Restauración; la burocracia del segundo Imperio no era muy suave para ellos.

Un día, en 1854, Bouffé, alejado por una cruel excitación nerviosa de la escena

dos años hacía, quiso aprovechar una mejoría en su mal y presentarse en la Porte Saint Martín en uno de sus papeles dramáticos. Desgraciadamente, el privilegio de este teatro no le permitía el vaudeville; y el Ministro M. Fould, especie de autócrata infantil como el viejo alcalde *Tringolini*, se empeñaba en una negativa inflexible é inexplicable. El gran artista se acuerda entonces que estando trabajando en Londres unos años antes, había recibido en su cuarto la visita y enhorabuena del príncipe Luis; escribe al emperador recordándole este detalle, confía la carta á la princesa Matilde y adquiere pocos días después la seguridad solemne y formal de que se interesaban por él en las altas esferas y que se iba á conseguir la autorización del ministro.

“Cosa asombrosa, dice el autor de los *Recuerdos*; á pesar de la voluntad del emperador y de sus órdenes, no obtuve la prometida autorización después de

quince días de espera y diez visitas á las oficinas."

Esto es todo, sin una palabra de reconvención, sin una queja; no recuerda su desagradable aventura más que para bendecir mil veces el nombre de M. Camilo Doucet, que le consiguió, después de muchas semanas de angustias y agotamientos, el permiso rehusado al emperador.

De la primera página á la última, todo él está escrito en este tono de bondad y tranquilidad. Mala fe de los directores, envidias de camaradas, injusticias de la Prensa ó del público, todo pasa sin dejar huella por esta naturaleza angélica. Apenas tiene un movimiento de mal humor contra Laferrière, que le jugó la mala pasada de representar una de sus obras la víspera del día que llegaba á San Quintín; y así y todo, se descubre más pena que cólera en el relato de este lejano disgusto.

Hombre feliz, al que la vida, casi un

siglo de contratiempos y sinsabores, no ha dejado el menor rencor, y que no recuerda más que para admirar y bendecir. No ha conocido más que gentes honradas, no ha estrechado más que manos leales. ¿Es ilusión de su dulzura, ó que la aspereza de ciertos seres se ha fundido realmente en este calor de alma?

Casi se le cree, al oírle hablar de Roqueplan, al que ha conocido, que era el más recto, el más acomodaticio de los hombres, crédulo y bueno y accesible al enternecimiento.

"¡Qué naturaleza tan admirable y qué relaciones tan agradables tuvimos los cuatro años que pasé bajo su dirección! ¡Me parecía estar en el Paraíso!"...

Hay distancia de este Nestor al Cardailhac del *Nabab*, el provenzal escéptico y frío, bastón de espino endurecido al fuego de la batería, hollando la existencia como un paseo, con su sombrero de medio lado, las manos en los bolsillos y

sin sombra de superstición por el cuerpo. Bien ¿y qué? Si todos nos sirviéramos de los mismos cristales para mirar los lugares y los hombres, nuestras observaciones ocuparían un libro único y el mundo perecería de aburrimiento.

Entre estos recuerdos de Bouffé, los de su juventud encantan sobre todo; principalmente el tiempo de su aprendizaje en el Marais, en el taller de dorador de su padre. Se ve allí un rincón de París industrial, el pequeño París burgués de los primeros tiempos de la Restauración, embriagado de paz, de bienestar y no pensando más que en trabajar y en divertirse, ya que la sangre de la gran guerra había dejado de correr.

Todo el barrio está lleno de teatros de sociedad: el teatro Mareux, en la calle de San Antonio, enfrente de la calle Jouy; el teatro Doyen, en la calle Transnonain; otro en la calle Paradis, dirigido por Thierry, revocador; además, había

otro en la calle Mauconseil, en un taller de zapatería, entre estantes llenos de *formas*, que se caían alguna vez y rodaban como un trueno por el escenario; y por fin, en la calle Aubry le Boucher, en casa de Simonnet, maestro de baile, y en una casa que pertenecía al padre de Provost, el Provost de la Comedia Francesa.

Corriendo por esos tugurios, fué como se aficionó al teatro, y también en el almacén de su tía Angélica, sastra del Ambigú; pero su nueva pasión no le impedía trabajar de firme en el taller. El padre estaba enfermo; y era él, "el pequeño viejo", como entonces le llamaban, quien sostenía la casa con su buen humor y su heroísmo sencillo de personaje de Mélesville.